



EXPEDIENTE

H.A.D.E.S.

Susana Aguilera Reina

Susana Aguilera Reina

Expediente
H.A.D.E.S.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el permiso del editor. Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre 2018

© Susana Aguilera Reina, 2018

ISBN: 9781717890160

Depósito Legal: GR 993-2018

Diseño cubierta: Veo Veo, S.L.

*A mis hermanas, por su inestimable ayuda
y por soportar de tan buen grado mis constantes:
¿Lo has leído? ¿Qué te parece? ¿Te gusta?*

*A todos aquellos que tuvieron una
palabra de aliento cuando les hablé
de este proyecto*

“Para quienes ambicionan el poder, no existe una vía
media entre la cumbre y el precipicio”
CORNELIUS TACITUS

“El mundo no está en peligro por las malas personas
sino por aquellas que permiten la maldad”
ALBERT EINSTEIN

Capítulo 1

Málaga, jueves 2 de noviembre de 2017

Eran las ocho de la tarde y Ana Castro acababa de llegar a casa. Estaba empapada y calada hasta los huesos debido al fuerte aguacero que caía desde hacía algo más de una hora y que le había pillado de lleno. Una tormenta inesperada con gran aparato eléctrico que había sumido a la ciudad en un caos absoluto. Atascos monumentales agravados por la hora en la que había comenzado a llover: minutos antes de que el reloj marcara las siete de la tarde, y que coincidía con la hora de salida del trabajo para muchos y la hora en la que las tiendas y supermercados estaban repletos de gente. Así, no era de extrañar todo el lío que se había formado cuando la muchedumbre se vio obligada a correr presurosa hacia sus vehículos o transportes públicos o a guarecerse en locales, portales o simples voladizos.

Después de veinte minutos en el portal del edificio en el que se encontraba la empresa para la que trabajaba, M&C Soluciones Empresariales, S.A., esperando a que escampara o amainara la tormenta otoñal que había sorprendido a la ciudad y viendo que no sabía cuándo la fuerte lluvia iba a remitir, y dado además que la paciencia no era uno de sus fuertes, Ana decidió marcharse a casa. En un día normal tardaba escasos veinte minutos en recorrer a pie la distancia que hay desde su lugar de residencia hasta el lugar de trabajo, unas oficinas en la calle Salinas, una de las vías más comerciales y concurridas de la capital y que desemboca en quizás la calle más conocida y fotografiada de Málaga, la calle Marqués de Larios. Pero ese día el recorrido le llevó algo más de tiempo, y no solo debido a las malas condiciones climatológicas sino también al encontrona-

zo que tuvo con un hombre que corría a gran velocidad hacia ella a la altura del inicio del Puente de Tetuán. Este la arrolló haciendo incluso que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. El hombre, que tenía un poco aire de intelectual, o al menos eso le pareció a Ana al verlo cuando él, al darse cuenta de que ella se hallaba tirada sobre el pavimento, retrocedió sobre sus pasos para auxiliarla. Susurrando un casi imperceptible lo siento recogió el bolso que había quedado tirado en la calle a un par de metros de distancia. Se aproximó hacia ella con la intención de devolvérselo y de tal vez ayudarla a incorporarse. Si bien, solo había podido poner el bolso a su lado cuando ambos repararon en que poco más allá del otro extremo del puente dos hombres bastantes corpulentos que se movían con gran presteza corrían también hacia donde ellos se encontraban. El hombre que la había arrollado sin más dilación echó de nuevo a correr, ahora por la calle Alameda Principal y en dirección a la zona centro y al Paseo del Muelle. Los otros dos hombres, que ya habían sobrepasado el lugar en el que Ana continuaba tirada en el suelo, corrían en la misma dirección que el otro. Si no lo estaban persiguiendo, desde luego esa era la impresión que daba.

Tras superar rápidamente el *shock* que le había provocado aquel suceso, Ana se incorporó y se recompuso de la mejor manera que le fue posible. Por fortuna, el golpe no había sido excesivamente fuerte y pudo continuar su marcha sin más sobresaltos.

En cuanto llegó a casa, un piso recién reformado de cincuenta y dos metros cuadrados con dos dormitorios, un baño, cocina, salón y una pequeña terraza situado en la tercera planta de un edificio de la calle Eslava, muy cerca de la estación de autobuses y de la moderna estación de tren María Zambrano de la capital malagueña, se dirigió al cuarto de baño con la intención de quitarse toda aquella ropa mojada que tenía adherida al cuerpo y darse una buena ducha caliente que la relajara y la ayudara a olvidar lo sucedi-

do minutos antes. Se alegró de que Carolina Hidalgo, su compañera de piso, estuviera esa noche y hasta el lunes siguiente fuera de la ciudad. No había tenido un buen día, ni en el trabajo ni fuera de él, y más que nunca le apetecía estar sola.

Ya en el cuarto de baño, al quitarse la ropa, se dio cuenta de que el golpe y posterior caída le habían provocado leves arañazos y algunos hematomas que sin duda alguna al día siguiente se convertirían en unos más que apreciables moratones. Aun así, se alegró de que todo hubiera quedado en un susto y que no fueran mayores las consecuencias.

La reconfortante ducha le había hecho entrar en calor y ya mucho más animada se dirigió a la cocina. Hacía rato que había empezado a sentir algo de hambre pero no tenía muchas ganas de cocinar, y eso que era una actividad que por lo general era bastante de su agrado, así que cogió un trozo de pan casero que le gustaba comprar a diario en la panadería del barrio y un plátano. En ese momento pensó con melancolía y cariño en su abuela Dolores, la culpable de que cuando no sabía qué cenar siempre recurriera al bocadillo de plátano y aceite de oliva virgen extra que tanto le gustaba y que la trasladaba a los sabores y aromas de su infancia. Para acompañar se preparó también un buen vaso de zumo de naranja natural.

Tras dar habida cuenta de su simple pero apetitosa cena, decidió coger el bolso de lona que había llevado durante todo el día, y que al llegar había dejado en la percha de la entrada, para sacar todo lo que había dentro y ponerlo a secar, pues al igual que su ropa y ella misma el bolso también se había mojado. Ahora se daba cuenta de que era lo primero que tenía que haber hecho nada más entrar. «Espero que ni el *smartphone* ni la cartera se hayan vistos afectados», pensó.

Fue al vaciar el contenido del bolso sobre la mesa del salón cuando pudo apreciar que de su bolsillo trasero caía

un *pendrive* que a simple vista no reconoció como propio.

Eran ya cerca de las diez de la noche cuando se sentó en el sofá. Ese día no había entre la programación de televisión nada que le llamara especialmente la atención por lo que decidió ver en el ordenador portátil una película, una de esas comedias románticas norteamericanas que en ocasiones le apetecía ver y que hacía un par de días había cogido de la Biblioteca Provincial. Si bien, antes de ello y aprovechando que ya había encendido el ordenador —no acostumbraba a utilizarlo una vez llegaba a casa después del trabajo—, decidió introducir en el puerto USB el *pendrive* que había encontrado, y que aún estaba encima de la mesa, para ver qué contenía. Hecho este, por otro lado, que no le intrigaba demasiado ya que estaba convencida de que sería de alguno de sus compañeros de trabajo y de que había aparecido en su bolso por simple confusión.

En la pantalla del ordenador apareció una carpeta con el nombre HADES y cuando Ana abrió esa carpeta aparecieron en pantalla dos subcarpetas más, una denominada *Miembros y vínculos* y otra en la que se podía leer *Investigación sobre actividad*. Ambas estaban encriptadas, por lo que era imposible, al menos para ella, acceder a su contenido. Ana optó entonces por ponerse a ver la película y dejar aparcado el tema de la memoria USB, ya encontraría a su propietario y se la devolvería al día siguiente.

Sin embargo, mientras veía la película tuvo varias pérdidas de atención y pensamientos fugaces que sin saber bien por qué la empezaron a inquietar. ¿Hades? ¿De qué le sonaba aquel nombre? ¡Ah, sí! Ana recordó entonces las clases sobre mitología griega a las que asistió en sus años de instituto y que en su momento le parecieron soporíferas. Hades era uno de los grandes dioses griegos, hermano de Zeus y Poseidón, era el dios del inframundo, el mundo mitológico situado bajo tierra en el que vivían espíritus y seres terroríficos.

A las diez y media de la noche el teléfono sonó insistentemente en la ostentosa mansión de ochocientos cincuenta metros cuadrados que la familia Hoffmann poseía en el distrito Neuhausen-Nymphenburg, una de las zonas residenciales más tranquilas y exclusivas de la capital bávara, al sur de Alemania. Era Kay Scheider y necesitaba urgentemente hablar con el señor Hoffmann.

Martin subió ágilmente las lujosas escaleras de mármol blanco y baranda de madera que daban acceso a la primera planta. Por cómo se movía y la vitalidad que mostraba en el día a día nadie hubiera dicho que en apenas tres meses cumpliría los ochenta y siete años. Atendería la llamada desde su despacho, una sala de cuarenta y seis metros cuadrados que el servicio se encargaba de mantener impoluta y que se encontraba localizada al final del largo pasillo.

—¿Diga?

—Señor Hoffmann, soy yo, Kay.

—Estaba esperando tu llamada. Dime Kay, ¿cómo ha ido todo?

—El objetivo ha sido neutralizado señor, pero nos ha surgido un problema. Bueno... más bien dos, señor.

—¿De qué se trata?

—La persona con la que iba a reunirse el objetivo era Alexander.

—¿Alexander? ¿Qué Alexander?

—Alexander Vargas, señor.

Al escuchar aquello, Martin que hasta ese momento había permanecido de pie, cayó a plomo sobre el sillón. Un breve pero tenso silencio cortó la conversación. Al otro lado del teléfono Scheider solo podía escuchar una cada vez más agitada respiración.

—¿Estás seguro Kay? —preguntó Martin una vez se hubo recuperado de la impresión.

—Lo siento señor, pero en la agenda del móvil del periodista había una anotación con el lugar de la cita y el nombre de la persona con la que se iba a ver.

De nuevo un incómodo silencio se hizo entre ellos. La cabeza de Martin no paraba de darle vueltas a lo que acababa de escuchar.

—Señor Hoffmann, ¿cuáles son sus órdenes? —Con esa pregunta Kay devolvió a Martin a la realidad.

—Encontradlo y traedlo ante mí —contestó ya más repuesto.

—Sí señor. Pero... señor, si las cosas se complicaran...

—Procura que no se compliquen —le advirtió toscamente—. Lo quiero vivo. Pero si HADES peligra y no hay, escúchame bien Kay, si no hay otra alternativa, deshazte de él —ordenó al fin—. Confío en ti.

—Lo sé señor. Gracias.

—Y el otro problema, ¿cuál es?

—Este es más fácil de solventar. El objetivo no llevaba la información encima. Antes de que nuestros hombres le dieran alcance se deshizo de ella, aunque no hay de qué preocuparse. Estamos prácticamente seguros de saber quién la tiene. Una mujer a la que arrolló durante su huida. Se la tuvo que pasar cuando recogió su bolso y se acercó a ella, no ha podido ser de otra forma.

—¿La tenéis localizada?

—Sí. Mientras Podolski y Miranda perseguían al periodista, Foley siguió a la mujer hasta su domicilio. Ya sabe que esa es nuestra forma habitual de proceder. Nos gusta ser precavidos. Esta noche actuaremos y nos haremos con la información.

—Muy bien Kay. Mantenme informado. Quiero saber cómo se van desarrollando los acontecimientos.

—Por supuesto señor Hoffmann. Buenas noches.

Martin se quedó sentado en el sillón mirando al vacío, con los codos sobre la mesa de madera de pino marrón oscuro y de espaldas al enorme ventanal que daba al jardín

de la casa. Todo lo que aquella habitación albergaba por un momento le pareció extraño. Tal era su aturdimiento que a duras penas podía reconocer las grandes estanterías repletas de archivadores y libros, el potente y moderno equipo audiovisual e informático que había hecho instalar recientemente y que sustituía a otro ya obsoleto, o el sofá y los dos sillones de cuero blanco y la mesa baja sobre la cara alfombra persa adquirida por él mismo en una tienda de antigüedades durante uno de sus frecuentes viajes a Nueva York —aunque su edad ya no le permitía viajar con la intensidad con la que lo había hecho hasta dos años atrás, el abuelo Hoffmann aún se permitía realizar un par de viajes anuales a alguno de los que parecían ser sus destinos favoritos: Países Bajos, Reino Unido, Francia, Estados Unidos o Argentina—. Hasta las paredes que por su expreso deseo aparecían pintadas de color *beige* y de las que colgaban cuatro réplicas de cuadros famosos de pintores pertenecientes a la escuela flamenca: *El jardín del amor* y *Vista de Het Steen* de Rubens, *El molino* de Rembrandt y *Vista de Delft* de Vermeer le eran desconocidas. Su desconcertada mirada se desplazaba de un lado a otro de la estancia. También la chimenea cerrada de mármol, hierro y latón, adquirida igualmente a un viejo anticuario, que había insistido en colocar junto al tabique de carga del lateral derecho hacía ya un cuarto de siglo, y que nunca había sido encendida, le resultó ajena. La preocupación, la decepción, la rabia pero también la admiración por lo lejos que había llegado Alexander, lo habían turbado más de lo que hubiera querido y de lo que hubiera llegado a reconocer. Se estaba haciendo mayor para esto, lo sabía. Maximilian tendría que recoger el testigo antes de lo previsto.

En cuanto hubo finalizado la conversación con su jefe, Kay Scheider marcó en su móvil un nuevo número de teléfono. Esta vez este sí correspondía a un teléfono ubicado en territorio nacional, de esa misma ciudad para ser más exactos.

—¿Benítez?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Scheider.

—Sí, dime, te escucho.

—Necesito que me compruebes el registro de las personas hospedadas en los hoteles de la ciudad. Los datos de los viajeros que han hecho el *check-in* en alguno de los alojamientos en estos tres últimos días. Buscamos a alguien que se haya registrado con el nombre de Alexander Vargas. De nacionalidad española.

—De acuerdo. ¿Para cuándo?

—Para ya.

Si Alexander estaba hospedado en alguno de los alojamientos de Málaga, Moisés Benítez, uno de sus topes dentro del cuerpo de la Guardia Civil daría con él —para HADES tener aliados dentro de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, no solo de España sino de todos los países en los que pudieran tener algún interés, había sido la prioridad número uno desde su creación y ello explicaba precisamente que durante tantos años se hubieran movido tan libremente y actuado con tanta impunidad. HADES sabía cómo hacer que siempre hubiese personas dispuestas a colaborar con la organización. Muchos tenían un precio y otros muchos tenían demasiado que callar y esconder. Benítez, en este caso, pertenecía a los del primer grupo—. Pero si Alexander se estaba alojando en casa de algún particular la cosa se complicaría bastante, aunque Kay sabía con seguridad que si no era esa misma noche, en Málaga, sería en otro momento y en otro lugar, pero que acabarían encontrándolo. A HADES no se le escapaba nadie. HADES no dejaba cabos sueltos. Así había sido desde siempre. Llegado el momento, lo único que esperaba era no tener que ser él quien tuviera que matarlo, lo conocía desde hacía demasiado tiempo y en cierta manera lo había llegado a apreciar.

Cuando faltaban unos minutos para que el reloj marcara las once y media de la noche su teléfono se iluminó y comenzó a vibrar. En la pantalla apareció el nombre de Benítez.

—Lo tengo. Está alojado desde ayer en el hotel MS Maestranza.

—Bien hecho Benítez —le dio las gracias y colgó.

Kay volvió a llamar a su jefe para decirle que ya sabían dónde se alojaba Alexander y para solicitar órdenes sobre cómo debían actuar.

Tanto Martin como Kay estuvieron de acuerdo en que la prioridad era hacerse con la memoria USB, por lo que primero irían a por la mujer y después se ocuparían de Alexander. Ambos convinieron que no interesaba armar ningún lío o altercado con el que se les pudiera relacionar y que correrían un gran riesgo si intentaban apresarle en el hotel. Había que buscar otra fórmula, y Kay tuvo una idea.

El alemán había visto en la página web del hotel que este disponía de *parking*. Con total seguridad Alexander había dejado estacionado su coche allí, así que por segunda vez en esa noche llamó a Benítez; ahora lo que necesitaba saber era la marca, modelo y matrícula del coche del que se había convertido en su nuevo objetivo.

Una vez lo supo solo tuvo que encaminarse junto con Miranda al aparcamiento y hablar con el aparcacoches, un hombre cercano a la edad de jubilación y cara de inocentón. Solía formar pareja profesional con Foley, un galés pelirrojo, con mal genio y amante del buen beber y comer, especialmente y para ser justos más del buen beber, pero en esa ocasión se llevó a Miranda con él porque aunque su español no era nada malo, seguro que el aparcacoches se mostraba más solícito si era un español, de Valladolid además, el que se presentaba ante él. Podolski y Foley se encargarían mientras de la mujer.

Como era de esperar cuando Kay y Miranda se presentaron ante el empleado del hotel haciéndose pasar por

miembros de la Interpol —a que su papel fuera más creíble ayudó y mucho la placa falsa y la pistola que ambos portaban, estas sí de verdad— y asegurándole que se encontraban inmersos en una investigación de máxima importancia que ayudaría a poner fin a la actividad delictiva del que le afirmaron era uno de los cabecillas de la red de blanqueo de capitales más importante de Europa, el hombre no pudo sino abrir la puerta, dejarles vía libre y permitirles corroborar que uno de los vehículos allí aparcados era efectivamente propiedad del investigado.

A pesar de haber sido advertido por Miranda de que debía guardar absoluto silencio sobre su presencia allí y de que de hablar estaría incurriendo en un delito muy grave, el aparcacoches, henchido de satisfacción, ya tenía una buena anécdota para contar cuando llegara a casa, pues no todos los días uno tiene la oportunidad de ayudar a unos policías de la Interpol en la investigación contra una red de blanqueo de capitales.

«Pues no tenía mucha pinta de delincuente, aunque esos son los peores. Los que se muestran tan amables y van tan bien vestidos... esos son los más sinvergüenzas y los más ladrones», pensó.

Solo un par de segundos le bastaron a Kay para poner junto a la rueda derecha delantera del coche de Alexander un pequeñísimo dispositivo que emitía una casi inapreciable luz roja intermitente. Ya solo tenían que esperar a que se presentase la mejor oportunidad para anularle.